

Preciosa pieza de acertijo



Leandro Estupiñán

Instituto de Literatura Hispanoamericana – Universidad de Buenos Aires

1961

Waldo Frank, casi reliquia y enfermo; planeta muerto destinado a licuarse infructuosamente en la modernidad. Bombardean, y, por veterano, el escritor espera y en privado va dejando constancia de su desencanto: se reconoce hombre de letras sin audiencia para las letras pero su más reciente enfermedad, el Síndrome, le habrá de permitir asestar un contundente golpe, revivir, impresionar en apoteosis y, en lugar de refugiarse en la escritura de sus memorias, Frank entrega el más perturbador de sus experimentos, la profundización de su mirada mística y filosófica del mundo. Una crónica sobre la Isla de la que no se escribía con semejante hondura por lo menos desde que Sartre publicara en París aquella fantasía existencialista. Dice haber tomado los testimonios de primera mano, garantiza haberlo vivido durante meses y el mundo comprende resignado, son los efectos, mas, como ha venido sucediendo, dominado por un inocente y esperanzador entusiasmo, acepta ser seducido por el nuevo enfermo.

Las ambiciones de asestar un golpe maestro conducen a Frank a la actualización de la parábola sartreana y al empeño mayor de renovar el Mito: Cuba sigue su indetenible camino revolucionario, escribe; presenta hechos y personajes diseñados con destreza, asidos mediante adjetivos categóricos, vibrantes, creíbles. Su punto de arrancada es la asamblea de las Naciones Unidas donde supone ha discursado aquel barbudo vestido de verde a quien sigue llamando Fidel, y Fidel, advierte, parece ser la revolución misma. También aquí es de arraigada prominencia el personaje reinventado por Sartre al que Frank enfrenta a los más importantes líderes, pone en su boca palabras generosas y bravuconerías que justifica en una postura nacionalista y antiimperial. Seguido detalla movilizaciones populares, vuelca datos pintorescos relacionados con playas y espesos potreros ultimados por atalayas de palmeras, conceptualiza una cultura satírica que forzosamente ha mesurado la gravedad de la circunstancia y de repente hace brotar la que pareciera su auténtica contribución, la más extravagante pieza del rompecabezas, el sustento mismo de la revolución y, a la larga, la inesperada mancha en su reputación.

Página 221, segundo párrafo iniciando: Cuba es J.M., advierte, y quien ha seguido la remota y dislocada huella testimonial de navegantes, aventureros, escritores y científicos enfermos por el consabido Síndrome será tragado por lodazales de vacilación. ¿Acaso intenta confundirnos? ¿Quién era y qué encarna este J.M. al que

la alucinación universal pronto llegará a asimilar como personaje real aun cuando lo sabe invención nacida bajo pulso cervantino o shakesperiano? (Acaso homérico, dantesco... ¿Melville?).

J.M. toma forma a través de una minuciosa descripción de tono epopéyico comparable a la de Bolívar en el *Nacimiento de un Mundo*; el autor afirma que abarca en la América hispana, casi tanto como en la América anglosajona, quien poseyera juntas las cualidades de Jefferson, Lincoln y Whitman. Recursos utiliza los decisivos para dibujar imágenes tras las cuales prosiguen interrogaciones incansables: iluminado, un apóstol de mirada lánguida vestido eternamente de negro con actitud frugal casi mezquina e inspiración sobrehumana que logró movilizar a un pueblo descorazonado por la derrota. Biografía: a mediados del siglo XVIII y de cuna austera, J.M. habría nacido cubano aunque sus padres, colgando en la genealogía del árbol de Abraham, fuesen hijos de España contra cuyo coloniaje luchó con fuerza feroz, razón por la que de adolescente, el vivaz, precoz, enamorado, sensible y dislocado muchacho sufriera presidio y luego un exilio que le hizo peregrinar hasta asentarse en Nueva York.

Desde una oficina polvorienta y con el corazón apesadumbrado, siempre vistiendo con humildad pero límpido, forjó su fama J.M. teniendo por arma un verbo prodigioso que afinaba en las tribunas no solo de liceos y tabaquerías, sino en vestíbulos, jardines y habitaciones de admiradores y amantes. Ese ingenio para enlazar palabras fraguó en el periodismo y quedaría fundido en el cosmos cubano después, cuando su alma fue disipada en los potreros tropicales donde empuñó las armas. Llegó a escribir los más impresionantes versos, versos insondables de enérgica fulguración, apunta Frank, quien lo supone guerrero, poeta, filósofo, pintor, músico, alquimista de almas y pueblos, visionario, todo un oráculo.

¿Dónde hallar libros, esquelas, artículos, canciones, la más mínima huella de J.M.? ¿Quién había dejado testimonio siquiera en diarios o apuntes del peculiar individuo? ¿En qué manual de estrategias se dan cuenta de sus aportes militares?, ¿qué cartón parafinado prueba los matices de su voz?, ¿cuál daguerrotipo muestra su rostro?

Más de un crítico deseoso de reducir el prestigio del escritor a una serie de tiras cómicas, desde periódicos y cuanto espacio público le abriera las puertas, terminó fustigándolo con vileza. Cada uno parecía haber superado a su predecesor en cuanto a la violencia con la que intentaban lanzar al olvido el libro escrito por Waldo Frank; sin embargo, un paradójico chispazo inflamó la llama prendida en sus páginas y quienes eran entusiastas de la Mitología lo recibieron con fanática pasión: con el libro bajo el brazo abandonaron viviendas para fundar milicias y guerrillas que a base de escaramuzas, y siempre a nombre de la igualdad, fueron agitando ciudades en América Latina, Estados Unidos, Europa y África; incluso pasado el tiempo, cuando al evocar su nombre inevitablemente se debía exclamar con desprecio eso de: ¡Ah, Waldo Frank!, Moscú seguía con vivo interés a quienes en pleno siglo XX habían sucumbido a lo que seguía llamando: “bendita enfermedad que nos renueva”. Fue la KGB quien juntó el expediente de Frank al de aquel Matthews, antecesor de la obra sartreana donde anticipa al personaje Fidel. Lo raro de todo es que ni al Kremlin ni a la Casa Blanca interesara J.M. Solo los virtuosos se declaraban entusiasmados con su representación, apenas las almas atormentadas, sensibles, disidentes, frágiles e idealistas necesitaron su biografía.

A seis años de publicado el libro, J.M. alcanzaba dimensiones inusitadas. No solo los seguidores del Mito echaban mano a su nombre como si le hubiera conocido de toda la vida, los más jóvenes reproducían en mimeógrafos trozos de los versos del tal J.M y seguido los enviaban por correo postal a vecinos y parientes que intentaban despertar de su alienación. Solo en reducidas élites J.M. pasó a llamarse El Apóstol y por el

nuevo apelativo sesionaron coloquios para realizar prontuarios de sus mejores frases o indagar sobre las revelaciones que transforma a un poeta en portentoso y temido guerrero. Hasta una señora en Cataluña se presentó a la televisión con supuestas pruebas de sus lazos con el también llamado Maestro, y cuando la precisaron con eso de: Bueno, en este caso podrá sacarnos de la duda revelándonos el nombre de su padre, oronda y feliz respondió: Si, claro, mi padre se llamaba Joan Manuel.

Tan brutal fue el poder de aquella onda expansiva que una escultora octogenaria de apellido Hutton hubo de encerrarse en su estudio y nadie sabe cómo pero consiguió energías para llevar adelante una labor que otros no lograrían en juventud: esbozó extensos pliegues antes de darle forma a la que sería la última de sus grandes obras, un enorme monumento en bronce mediante el cual recuperaba su obstinación, la temática recurrente, el tema del individuo que febril de sentimientos patrios entra al parnaso de las leyendas. En cambio, sorprendió a sus seguidores con una extraña novedad: contrario a las piezas anteriores había escogido a un individuo cuya existencia nadie había podido probar. Fue la primera en transferir las abstracciones de Frank en una efigie creíble e inspiradora, de modo que la imagen acabó adornando parques y bocacalles en Ankara, Quito, Roma, Manila, Caracas, Barranquilla... En España y Estados Unidos proliferaron por casi toda la geografía junto a inscripciones donde pueden leerse fragmentos de versos supuestamente escritos por el Maestro de corazón trashumante.

Al sur del Central Park, frente a Avenida de las Américas, yace la creación original de Hutton, otra de sus estatuas ecuestres elevada en pedestal de granito hasta sobrepasar la altura de dos hombres. Paladín de la raza humana, leemos en la escueta leyenda, y alzada la vista aparece la línea inferior de un caballo en dos patas como enloquecido. Sobre el lomo, vestido de saco, un hombre lampiño hasta el cráneo, con orejas ligeramente pronunciadas nos remata con su mirada breve como inyección fulminante que subraya ese aspecto terrible.

Aún más que los turistas, los críticos, revolucionarios e investigadores del mundo llegan allí conmovidos y escrutan la imagen con viva atención, aunque nunca hubo curiosidad superior a la suscitada luego de emplazada la estatua, pues vista de cerca, estudiada minuciosamente, aquellos que había destrozado en público la crónica de Frank corrieron a las estanterías para indagar el capítulo titulado “Santo con espada”, leído otra vez confirmaban con asombro que en efecto la imagen de Hutton era por lo menos una versión libérrima o en su fascinación había omitido el detalle más trascendente que el inspirado escritor se había tomado el cuidado de subrayar en su obra: J.M., ese que era Cuba al fin y al cabo, poseía bajo la nariz unos mostachos vivos y frondosos, tanto, escribió, que envolvían sus labios impidiendo a seguidores, amantes y enemigos ver si acaso era él la persona que hablaba o si se había convertido en mediador de lo divino, léase también: lo extraterrestre.

En este texto se sugieren los libros *Cuba, Isla profética*, de Waldo Frank, publicado por Losada en 1961 y *Huracán sobre el azúcar*, de Jean Paul Sartre, publicado por la Compañía Argentina de Editores en 1962. Asimismo la escultora de apellido Hutton se inspira en la norteamericana Anna Hyatt Huntington (1876-1973) de quien Buenos Aires tiene su estatua al Cid Campeador.

